

Nixon, finalmente, ha prometido que nunca más sucedería nada parecido bajo su administración; se ha arrepentido de su propia negligencia al no vigilar bastante a sus amigos —es la única culpa que admite—; ha dicho que necesita que la cuestión se elimine para poder seguir gobernando en beneficio de sus ciudadanos... Algunos interpretan que es una petición de gracia, una súplica de que se le perdone. Y también hay quien opina que es la mejor defensa que puede emprender y la única que ofrece una solución a las circunstancias actuales.

ORIENTE MEDIO

PANICO POR EL PETROLEO

Los norteamericanos no quieren romper con los países productores.

Las cuatro de la mañana. Escuadrillas de "B-52" lanzan cientos de paracaidistas sobre los principales yacimientos petrolíferos, los aeródromos y los demás puntos estratégicos del golfo Pérsico. La flota norteamericana atraviesa toda la costa y bloquea los puertos principales. Desde Washington, Nixon llama a Breznev por el teléfono rojo. Le explica que los abastecimientos petrolíferos, indispensables para la seguridad de los Estados Unidos, se encuentran en peligro porque los gobernantes de algunos países árabes amenazan con cerrar las espaldas de los oleoductos. Le ruega repetidamente que no intervenga y subraya que durante la última cumbre en Washington se convino tácitamente que los yacimientos petrolíferos de esa zona estaban "reservados" a los norteamericanos. Nixon hace una llamada a la buena voluntad del dirigente soviético y le promete una evacuación rápida de las fuerzas que intervengan en cuanto se normalice la situación.

Esta dramática escena no es política-ficción. Ha sido seriamente discutida hace algunas semanas en una reunión ultrasecreta, mantenida en un caserón cercano a Londres, entre los responsables gubernamentales norteamericanos y británicos, pero de la más alta categoría. Participaron en los debates expertos en cuestiones militares, diplomáticas y petrolíferas. Se asumió un muy preciso programa de intervención en el golfo Pérsico. Por razones evidentes, aún no se ha determinado la nacionalidad de las fuerzas que se apoderarán de los puntos clave. Según las circunstancias políticas del momento, podrían ser

Hasta ahora, no hay pruebas palpables de culpabilidad del Presidente Nixon, pruebas suficientes como para obligarle a retirarse. Y él, personalmente, no está dispuesto a irse. Mantenerle en el poder hasta 1977 en un estado de continua acusación y duda, parece imposible... Pero hay muchas fuerzas que consideran que esta ocasión de depurar la política es única en la historia reciente del país, y que desperdiciarla sería aceptar las formas de corrupción moral en la política que tantos desastres peores que el de Watergate han producido en los últimos años.

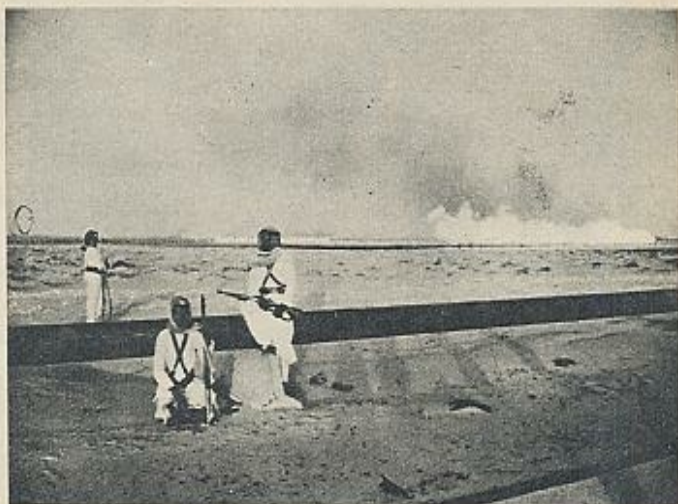
norteamericanas, israelíes o quizá iraníes...

Evidentemente, esta amenaza de intervención militar no está destinada a enfrentarse a las clásicas reivindicaciones de los países árabes productores de petróleo. Washington no se arriesgaría a una guerra mundial por evitar el alza de las cargas fiscales que pagan las compañías dedicadas a la explotación de yacimientos. Este proyecto fue elaborado únicamente para el caso en que la escalada actual de las reivindicaciones financieras se transformara en escalada político-militar, y cuando los países árabes se sirvieran del petróleo como medio de chantaje para obligar a los Estados Unidos a abandonar a Israel.

El gobierno norteamericano, al mismo tiempo que blande amenazas militares en el golfo Pérsico, reitera sus protestas diplomáticas en Trípoli contra las medidas de nacionalización tomadas recientemente por el coronel Gaddafi.

La diplomacia del cañón y el apoyo casi incondicional que Nixon presta a Israel en Oriente Próximo están a punto de provocar una ofensiva pro-árabe en los pasillos de las grandes compañías petrolíferas. El pasado día 20 de junio, en un anuncio publicitario publicado por el "New York Times" (1), el grupo Mobil Oil pone en guardia contra la política de Estados Unidos en Oriente Próximo y denuncia los riesgos que hace correr a los abastecimientos petrolíferos de los Estados Unidos. Los dirigentes de Exxon (ex Standard Oil of New Jersey), una compañía petrolífera mundial,

(1) El «New York Times» se negó primero a publicarlo, pero al final lo aceptó.



han tomado posiciones análogas, pero de una forma menos alborotadora, es decir, empleando los clásicos medios de los grupos de presión (gestiones con los altos funcionarios y parlamentarios, reuniones privadas con personalidades influyentes, etcétera).

El pasado día 26 de julio, Otto N. Miller, presidente de la Standard Oil of California, uno de los cinco grandes del petróleo norteamericano, envió una carta acusando al gobierno de Washington de "volver la espalda a los árabes" y de desconocer o no reconocer los intereses petrolíferos más importantes de los Estados Unidos en aquella zona. Esta carta provocó vivas protestas de las organizaciones israelíes norteamericanas (que amenazan con boicotear la compañía) y las críticas severas de algunos senadores californianos, como David Roberti y George Moscone.

De hecho, los Estados Unidos están llevando a cabo la política de prometer y no dar. Amenazan con la intervención militar si los países del golfo Pérsico cortan sus abastecimientos petrolíferos. Pero al mismo tiempo prestan millones de dólares en armamento de cualquier tipo a los gobiernos interesados. Dejan entrever importantes posibilidades de cooperación económica si los puentes no son cortados por medidas unilaterales. El blanco principal de esta curiosa ofensiva norteamericana a base de sonrisas es Egipto. En Egipto, los norteamericanos, ya bien instalados en la explotación de yacimientos, ofrecen sustituir a los soviéticos, que van a abandonar importantes tierras donde la búsqueda les ha resultado infructuosa.

Los Estados Unidos no prestan solamente cazas y bombarderos, tanques y radares al Irán, Arabia Saudita y a los emiratos, sino

que también desarrollan sus exportaciones en materia civil, que ha llegado a ser más competente, de hecho, que el dólar porque en dos años ha sido devaluado un 30 por 100.

A decir verdad, los norteamericanos no desean de ninguna manera una ruptura brutal con los países productores de petróleo de Oriente Medio. Ante todo, porque las principales compañías norteamericanas controlan en esa zona los yacimientos cuyo valor se cifra en decenas de miles de dólares. Después porque las importaciones de petróleo bruto que tengan este origen van a doblarse e incluso a triplicarse durante los próximos diez años, a pesar de la explotación de las abundantes reservas de Alaska (el Congreso acaba de dar luz verde a la construcción del oleoducto del Gran Norte). Sobre todo, porque, a pesar del aumento masivo de cargas fiscales y otros impuestos de los países productores de Oriente Medio, el petróleo de esta zona resulta más ventajoso y permite grandes ingresos.

Así, a pesar de los acuerdos de Teherán, de Trípoli, de Nueva York y de Ginebra, de los que se dijo que llevarían a las compañías explotadoras a la ruina, el beneficio por barril de dicho origen, que no era más que 24 centavos de dólar por barril hace dos años, se ha más que duplicado, hasta llegar a los 58 centavos de hoy. Por otro lado, los beneficios globales de las grandes compañías han dado recientemente un gran salto adelante. En el primer semestre de 1973, los beneficios de Exxon aumentaron alrededor de un 50 por 100 en relación a los del primer semestre de 1972, y han sobrepasado los mil millones de dólares. Los de la Mobil Oil han alcanzado los 340 millones de

dólares contra 271. La causa de esto es el alza de los precios de venta.

En cuanto a los beneficios fiscales de los países productores, han alcanzado los diez mil millones de dólares en 1972. En 1971 fueron solamente siete. Y alcanzarán los cincuenta mil millones de dólares en 1980. El crecimiento acelerado de estos ingresos hace temer a algunos que estos "dólares árabes" tengan un papel determinante en el tablero monetario internacional y puedan darle la vuelta en diez años. De todas formas, todo esto debe ser matizado. En efecto, todos los beneficios fiscales de los países productores no se convierten en reservas, ni mucho menos. Aunque han llegado a los cincuenta mil millones de dólares en los últimos años, los países productores tienen actualmente disponibilidades inferiores a los quince mil millones de dólares, es decir, solamente el 5 por 100 del total del líquido internacional, que es del orden de doscientos cincuenta a trescientos mil millones de dólares. Incluso si aumentan al ritmo previsto, los ingresos fiscales de los países productores, no les permitirán disponer más que de un 10 por 100 del líquido internacional en 1980. Si bien es cierto que a partir de este momento algunos de los que poseen "dólares árabes" tienen una tendencia a especular con las divisas y comprar oro, se puede pensar en subestimar su poder actual e incluso el venidero. La mayoría de sus

fondos los han recogido las Bancas norteamericanas y europeas que aseguran la gestión, y no las instituciones financieras árabes, que no están preparadas para hacerlo y en algunos casos ni siquiera están unidas por telex con las principales ciudades mundiales. Por otra parte, no hay que olvidar que de los países productores, Irán, Argelia, Egipto e Irak necesitan inmensos capitales para financiar su desarrollo, y piden ayuda a los países con excedentes financieros crónicos, como Kuwait, Abu-Dhabi o Arabia Saudita.

De momento no se puede hablar de crisis en los abastecimientos petrolíferos, como se está haciendo en los Estados Unidos para incitar al consumidor a frenar su consumo y no derrochar. En los Estados Unidos lo que escasea no es el petróleo bruto, sino los productos refinados.

La verdadera escasez, la del petróleo bruto, no será una amenaza siempre y cuando los países productores no cierren las espaldas de los oleoductos o si solamente mantienen su producción en el estado actual o incluso la reducen, como ha hecho Libia y como quieren hacer Kuwait y Arabia Saudita, que más que guardar en caja miles de millones de dólares, prefieren guardar bajo tierra sus yacimientos petrolíferos, que se valoran cada vez más. Eso es lo que temen, a veces hasta con pánico, los "petroleros" norteamericanos. ■ JACQUES MORNAND.

FRANCIA

LA REBELION DE LOS JUECES

Los magistrados, a partir de ahora, no quieren estar «a la orden».

Raymond Marcellin, ministro del Interior francés, cincuenta y nueve años, parece tener a partir de ahora todos los síntomas clínicos de un ministro desautorizado.

¿Desautorizado por quién? Pues por los jueces, que el 2 de agosto dejaron en libertad provisional a un tipo peligroso, Alain Krivine, encarcelado el 29 de junio. Raymond Marcellin no lo comprende: vamos a ver, ¿la justicia no era el brazo seglar de la Policía? Hay que rendirse a la evidencia: los magistrados no van bien, los jueces con «buena fama» y los que quieren «hacer carrera» consideran precisamente mucho más útil para su futuro desautorizar a Marcellin que darle la razón.

Desde 1968, el poder político no había hecho otra cosa que in-

vadir el terreno del poder judicial. Abierta o solapadamente. Empezó exactamente el 16 de mayo de 1968, cuando Georges Pompidou, entonces primer ministro, declaró sin más: «He soldado a los manifestantes detenidos», mientras que, como ya se sabe, solamente la justicia puede decidir quién queda libre y quién no. Además, el secretario general de la UDR, René Tomasini, lanzó una increíble exclamación, el 16 de febrero de 1971, en medio de todo un lío provocado por el liceo Guiot: «¡Los magistrados son unos gallinas!». Y además el asunto de la libertad de Krivine: el ministro francés del Interior ha permitido, ya dos veces, que «se inmiscuyan en las instrucciones judiciales», según los términos utilizados en la declaración de los abogados de Krivine.

La primera vez hizo público parte del «dossier» secreto del juez de instrucción; la segunda declaró «civiles» a los once guardias de la paz que resultaron heridos la tarde del 21 de junio. Los fiscales no lo tomaron en cuenta.

Además de estos conocidos abusos existe en el ambiente judicial todo un sistema de sutiles presiones, latentes, institucionalizadas, que hacen pensar si la independencia de la magistratura será o no real. Por eso se llega a la conclusión de que el poder político tiene sus métodos para «elegir sus jueces».

1) En lo que se refiere a la instrucción: el juez de instrucción es designado por el presi-



Krivine: piedra de toque.

dente del tribunal para cubrir el «servicio», una especie de turno rotatorio, semana tras semana. En tiempos normales, todo juez «de servicio» se ocupa de los casos que se presenten durante su semana de turno, pero se le puede retirar arbitrariamente de cualquier caso considerado como delicado. Un «dossier» muy importante de proxenetismo, por ejemplo, le fue retirado al juez de Lille porque resultaba comprometedor para algunos altos cargos. Ocurre incluso que un juez sea retirado del «servicio» por las buenas: ese fue el caso del juez Pascal.

2) En lo que se refiere a la rotación de casos: el presidente del tribunal «prepara el menú» de los casos de esta o aquella sala. Incluso ha ocurrido que ciertos casos jamás se hayan incluido en la lista, y, por tanto, no fueron nunca juzgados, y ocurrió también que un candidato diputado, acusado de una exacción, no llegó nunca a la audiencia, porque así lo quiso la sala correspondiente que representa los poderes públicos.

3) En lo referente a las conexiones «Policía-prefectura-justicia» en las provincias. Se puede afirmar que está establecido un verdadero control de las actividades de los jueces, llevado a cabo por el comisario de Policía y por el prefecto. El prefecto (autoridad política) está al corriente de la marcha de los casos judiciales e interviene sobre los magistrados instructores, ya que tiene conocimiento de los procesos verbales e incluso de las copias de exhortos.

Por otra parte, cuando la justicia decide una expulsión, envía una orden de detención, pero ya no sabe lo que ocurrirá, porque la aplicación de dicha orden corresponde únicamente a la Policía, que puede, o bien hacer de celadora o bien retrasar el arresto de un sospechoso.

Los magistrados cada vez soportan peor estos entrometimientos. Según Hubert Halle, uno de los responsables del Sindicato de la Magistratura, «la toma de conciencia de los magistrados es el fruto de los contactos que los magistrados han ido teniendo con el mundo exterior, con los inspectores de trabajo, los sindicatos obreros y los propios trabajadores». También se debe al ya célebre Sindicato de la Magistratura, nacido en mayo del 68 y formado esencialmente por los jueces jóvenes, recién salidos de la escuela nacional. Y además es la forma de expresar una reflexión que todos se han hecho dentro de este Sindicato: ¿juzgamos igual a ricos que a pobres?

En medio de este descontento general que afecta a los cuatro mil magistrados del país, se pueden distinguir tres corrientes: una bastante tradicionalista del tipo de «gobierno de jueces», que se acerca al mito de la independencia de otras épocas y desea que se vuelva a implantar el derecho divino y los arriños del antiguo magistrado; otra corriente, modernista, dentro del Sindicato de la Magistratura, que desea «desempolvar» la máquina, engrasar los resortes y hacer «buen» profesionalismo, y por fin, una corriente extremista, muy minoritaria, que prevé y anuncia, por encima de la crisis de una «superestructura» (la justicia), una crisis política y social.

Uno de los representantes de este «extremismo», Dominique Charvet, recuerda con mucho gusto que todas las grandes crisis políticas —1789, 1848, 1870, etcétera— fueron precedidas de crisis graves en la justicia. Y según él, este es el caso de hoy. ■ MARCELLE PADOVANI.